

"A mis lectores latinos que han recogido mis palabras en sus manos, mis mundos en sus corazones y me han apoyado más de lo que jamás hubiese esperado. ¡Gracias!"

CAPÍTULO 1

MENSAJE DE TEXTO DE CHANTAL A HARLEY, ENVIADO EL 10 DE JUNIO A LAS 6:14 P. M.

¡Hola, Harley! Lo siento, cariño. Sé que debíamos estar allí para recogerte en el aeropuerto, pero ha surgido un inconveniente y no llegaré a tiempo. Pero ¡no te preocupes! Enviaré un taxi por ti. El chofer estará esperándote a la salida con un cartel con tu nombre. Él ya sabe dónde vivimos. Te adoro, y muero de ganas de verte. Besos y abrazos.

-TRANSMISIÓN EXITOSA.



Casi arrastrando mi bolsa de tela de la Escuela de Arte de Chicago, me bajo con torpeza del taxi en el boulevard Richard-Lenoir. Busco en mi cerebro, extenuado luego de tanto viaje, cualquier dato que me haya quedado de mi único año en una clase de francés que pueda ayudarme a comunicarme con el conductor.

-¿*Merci*? -le digo, mientras que él tira de mi enorme maleta para sacarla de la cajuela de su coche. Me saluda con una brusca inclinación de cabeza y luego formula su respuesta en francés, una que me deja absolutamente confundida. Cuando se queda allí parado, esperando a que le conteste, lo único que llevo a hacer es parpadear.

La puerta principal del edificio que está detrás de mí se abre y allí está mi tía Chantal. Hace cinco años que no las veo ni a ella ni a mi prima Gretchen, pero pareciera que estos no han pasado, al menos para ella. La mujer habla un francés fluido y las palabras resbalan con elegancia por entre sus labios rosados cuando responde por mí y abona el dinero que le debía al taxista. El pobre hombre se sonroja hasta el punto más alto de su cabeza pelada y le sonrío. Parece que esa es otra de las cosas que no han cambiado. Chantal siempre había tenido ese efecto en los hombres.

Tan pronto como el taxista se va, mi tía me da un beso en cada una de mis mejillas, aunque sin tocarlas, y luego me mira, lamentándose y frunciendo esas cejas meticulosamente cuidadas.

-Lamento mucho no haber podido recogerte en el aeropuerto, Harley.

-No hay problema -me encojo de hombros y dejo mi bolsa en el piso. Verla me trae a la cabeza todos los planes que había hecho para asistir al maravilloso programa de arquitectura en la Escuela de Arte de Chicago, o SAIC; planes que, junto con todo lo demás en mi futuro, ya no son para nada ciertos. Levanto y quito la vista de mi bolsa y vuelvo a mirar a mi tía-. Gracias por permitirme quedarme aquí.

Inmediatamente desestima el vuelo de mil dólares que ella misma abonó con un movimiento de sus largos dedos.

-¡Por favor! Sabes que estábamos esperando que vinieras desde que nos mudamos aquí. Me alegra mucho que finalmente hayas accedido a venir.

Aunque yo diría que mis padres finalmente accedieron a dejarme.

Abro la boca para responder, pero pierdo el habla apenas mis

ojos dan con lo que hay detrás de su cabeza. Puedo ver la *Bastille* elevarse al final de la calle sobre la que estamos paradas. La *Colonne de Juliet*, coronada con su ángel bañado en oro, se ve alta y radiante en contraste con el cielo de nubes de verano sorprendentemente oscuras detrás. Se trata de *Le Génie de la Liberté* o “El genio de la libertad”. Tengo un póster de eso en mi habitación, pero esto es mucho más que una imagen en una pared. El mes pasado había tenido que lidiar con el divorcio inminente de mis padres. Ahora me brotan burbujas de alegría por todo el cuerpo y salen de mí, elevándose hacia lo más alto. ¡Aquí estoy! ¡Esto es!

¡Estoy en París!

Doy saltos de alegría por la emoción. Los parisinos que caminan por la acera me observan algo alarmados, pero a mí no me importa. Siempre sentí pasión por los edificios hermosos, y es verdad que Chicago tiene algunos que son bastante deslumbrantes. Ah, pero París... *París es París*. Es una ciudad que se destaca por su influencia gótica y el uso de la piedra caliza. Además, todo se ve tan hermoso. Observo a nuestro alrededor, intento captar y retener cada detalle. Si pudiera beberlo todo a través de mis globos oculares, créanme, lo haría.

–*Bienvenue à Paris, ma chérie!* –la tía Chantal se ríe y toma mi bolsa de la SAIC. Arruga la nariz cuando ve las letras descoloridas y el desgaste en la tela mientras que la mantiene alejada de su traje color lavanda hecho a medida para que el resto de su ser no entre en contacto directo con esa cosa espantosa. Debo contener la risa. Mi tía, la supermodelo, la que está a la altura de cualquier otra *mannequin* en la televisión.

Retiro mi mirada de la ciudad y mi nariz del aroma tentador

del pan recién horneado que viene de la *boulangerie* de la esquina y sigo a mi tía hasta la puerta principal del edificio. Siempre había querido ir a París algún día, pero jamás creí que terminaría aquí en el verano anterior a mi último año de escuela.

Debo admitir que no me gusta volar. Con el asunto del divorcio de mis padres, obligar a mi cuerpo a introducirse en un conducto de metal con alas y hacerlo volar a casi seiscientas millas por hora sobre un océano sonaba mejor que tener que lidiar con todo aquello. Ahora que estoy aquí, estoy decidida a absorber y disfrutar cada trocito de la ciudad mientras pueda. Ya no importa lo que vaya a tener que afrontar cuando llegue a casa. No dejaré que nada de eso arruine esta experiencia. No dejaré que *ellos* arruinen esta experiencia.

Chantal abre la puerta del edificio con una sonrisa un tanto exagerada.

-Gretchen está arriba.

La tensión se filtra por entre su sonrisa y aplasta un poco mi optimismo. Mi prima y yo éramos muy unidas cuando ella y su familia vivían cerca de nosotros en Chicago, pero la carrera de modelaje de Chantal creció tanto que debieron mudarse a Nueva York. Hemos estado distanciadas desde entonces, pero fue incluso más difícil mantener el contacto desde que están en París. Quiero creer que sigue siendo esa prima alocada y graciosa que tanto amo, pero ¿qué podría yo saber de ella por unos pocos correos electrónicos al año?

Chantal canturrea en voz baja mientras la sigo por el pequeño vestíbulo con buzones de bronce sobre la pared izquierda. Coloca una diminuta tarjeta de su llavero contra una caja negra junto a la puerta interna de vidrio y escucho el *clac* antes de que esta se abra.

-Hablé a Milán esta mañana -el peso que Chantal les da a las palabras hace que pareciera que fue una llamada al gobernador o algo parecido. Aunque, conociéndola, tal vez así fuera. No estoy segura de qué es lo que debe pasar para ascender al estatus de *supermodelo*, pero por lo alta que parece ser la demanda, estoy segura de que ella ya ha alcanzado el de *megamodelo* o algo así, si es que eso existe... o... al menos lo fue. Después de todo, no creo haberla visto en muchos anuncios en el último año.

-¿Milán? -pregunto, genuinamente curiosa.

-Sí, mi agente se queda allí durante el verano -me dice mientras me llama con un gesto de una mano-. Me habló de una fiesta en París mañana a la noche y dijo que no debería perdérmela por nada en el mundo, así que esta noche tendré que resolver qué voy a ponerme... Después de eso, te prometo que nos pondremos al día.

-No te preocupes. Estoy segura de que con Gretchen encontraremos con qué mantenernos ocupadas.

Debo decir que me siento algo aliviada. Amo a mi tía, pero estar con ella siempre me hace sentir como si debiera salir corriendo a arreglar mi cabello o comenzar a usar labial.

La sigo hasta que llegamos a la espléndida entrada de mármol con sus escaleras sinuosas y elegantes que parecieran abrazarse a las paredes. Mis ojos, asombrados, siguen el camino circular de los escalones, solo para luego acabar viendo la cosa más odiosa en el centro de tan espectacular salón.

-¿Qué es eso? -pregunto, señalando el poste de metal que se alza varios pisos hacia arriba y hasta el mismo techo del edificio.

Chantal parece confundida.

-¿Te refieres al elevador, querida?

Veo una puerta de un rojo brillante al final y sacudo la cabeza, con aversión. Parece algo así como el armario deforme de un conserje.

Junto a todo este mármol, queda ridículo y totalmente fuera de lugar; como una granada en el centro de un bowl con manzanas. Cuando Chantal abre la puerta, veo el ascensor más pequeño que jamás haya visto y me fastidio. Estoy de acuerdo con facilitar la accesibilidad, pero tiene que haber una mejor manera de proporcionarla que esta.

-Esto está todo mal -murmuro-. Es demasiado feo y pequeño como para siquiera resultar útil. Si van a sumar otro ascensor, deberían asegurarse de que al menos cumpla con las regulaciones correspondientes y que esté ubicado en la parte externa del edificio en lugar de arruinar tan hermoso salón.

Mi tía se ríe de mí mientras que yo empujo el equipaje hacia adentro y lanzo mi bolsa encima de todo lo demás.

-Estoy de acuerdo contigo. Quizás, una vez que termines la escuela y te conviertas en una sofisticada arquitecta, puedas regresar y arreglarlo.

Sus palabras me golpearon como un mismísimo puño en la barriga, pero fingí una risa incómoda y me acomodé como pude en el ascensor junto a mis bolsos.

-Ese es exactamente mi plan: arreglar París. La clave para el éxito, dicen, es tener objetivos absolutamente alcanzables.

-Claro que sí -me dice Chantal, con una sonrisa. De inmediato entiendo que no habrá lugar para ella, para mis bolsos y para mí en tan reducido espacio. No hay forma.

Chantal levanta un dedo con la uña pintada de rosa pálido y aprieta el botón 4 para llegar al último piso. La puerta doble de

metal se cierra y nos separa, y a mí me deja sentada sobre mi valija. Respiro profundo y dejo que el ardor de sus palabras se desvanezca en el aire. Chantal no sabe que el divorcio hace que mi tan anhelado sueño de asistir a la SAIC se vuelva casi imposible. ¿Y por qué habría de saberlo?

Para cuando llego al cuarto piso, ya había recuperado la compostura. Luego, el ascensor regresa por segunda vez y Chantal se me une.

-La próxima vez, usaré las escaleras -le digo con una sonrisa burlona-. Quien sea que haya colocado este ascensor, tiene un horroroso sentido del humor... y del diseño.

Me conduce hasta una gran puerta negra a la izquierda, que logro atravesar con todo mi equipaje. El apartamento de la tía Chantal es amplio y muy luminoso. Los techos altos están acentuados con vigas de metal y las telas blancas en cada una de las ventanas. Es hermoso, moderno y elegante, aunque sin perder el encanto parisino. Y combina con Chantal a la perfección.

Veo a Gretchen en el sofá y sacudo la cabeza con una sonrisa. Ella, por el contrario, no podría contrastar más con el tono de este apartamento, incluso si se esforzara. Y, por lo que veo ahora, sí que lo ha intentado.

Gretchen se ve más grande que lo que parecía en la última foto que vi de ella, aunque estoy segura de que le pasará igual a ella conmigo. Lleva puestos unos enormes auriculares plateados e inalámbricos, que se esconden debajo de su cabello púrpura, que lleva corto y desalineado. Sus jeans desgastados son demasiado largos; están hechos girones en la parte más baja y a la altura de las

rodillas también. Su top negro tiene una sola frase en letras rosas: “¿Para esto me desconecté?”

Ni siquiera levanta la vista cuando llegamos. Sin embargo, cuando Chantal se da la vuelta para ayudarme con los bolsos, Gretchen me dispara una sonrisa y me saluda sacudiendo sus dedos en el aire. Me detengo junto al *chaise longue* color marfil. Cuando la tía Chantal gira otra vez para dirigirse a ella, los ojos de Gretchen vuelven a fijarse en su laptop. La tensión que había percibido en la voz de mi tía ahora comienza a tener sentido. Mi sonrisa se desvanece apenas los recuerdos de ver a mis padres discutir me golpean como un rayo el cerebro. Sé muy bien que no quiero escapar la situación de mis padres en Chicago solo para meterme en el medio de otro lío parecido entre Gretchen y Chantal en París.

Luego de unos segundos de silencio, Chantal hace un intento por alivianar la tensión.

-Tu prima ha estado muy metida en este tema de las computadoras últimamente, y se ha teñido el cabello también. Tranquila, por lo que sé, no creo que se haya convertido en una asesina serial ni nada parecido.

Gretchen no levanta siquiera la vista ni se quita los auriculares, pero sí responde con un tono bastante chato:

-No deberías andar haciendo suposiciones como esas, madre.

Apenas puedo contener la risa y vuelvo a sonreír con ganas. *Esa* es la prima que yo recuerdo... Con un tono más oscuro tal vez, pero sigue siendo ella.

Chantal desestima el comentario de Gretchen con un movimiento de la mano y se dirige a la habitación que está en el fondo del apartamento.

-Muy bien... Diviértanse. Haré algunos planes para mañana. Si tienen hambre, pueden encargar comida por teléfono.

Un segundo después de que la puerta del dormitorio de Chantal se cierra, Gretchen se apura a apagar su laptop y salta del sofá para darme un abrazo largo y apretado.

-¡Por fin estás aquí! ¡Estoy tan feliz! -me aprieta tanto que casi no puedo respirar. Cuando finalmente me suelta, me dejo caer en el *chaise longue*.

-Entonces... -inclino mi cabeza, señalando la puerta cerrada del dormitorio de mi tía, casi como preguntándole qué es lo que sucedió que hizo que la relación entre ellas dos ahora sea tan tensa; pero Gretchen cambia su actitud inmediatamente.

-No quiero hablar de eso.

-Entiendo.

Vuelve a sentarse en el sofá y deja los auriculares colgándole del cuello. Su rostro luce incluso más bonito de lo que yo podía recordar, y su cabello y el delineador de ojos color negro le dan un look bastante transgresor que a mí me hubiese encantado imitar. Jamás me he teñido siquiera unas pocas mechas de mis rizos color caoba. Un poco porque a mi madre seguramente le daría un infarto. Pero, sí, siempre he soñado con hacerlo.

Gretchen se rasca la nariz.

-¿Ya se te ha pegado el *jet lag*?

-Pude dormir un poco en el avión, pero creo que ahora estoy comenzando a sentirlo-. Me quito los zapatos y estiro los pies. Miro el reloj plateado y ornamentado que cuelga en el medio de dos modernas obras de arte en la pared detrás de Gretchen y veo que ya son casi las ocho de la noche. Reprimo un bostezo.

-Deberías hacer el esfuerzo de permanecer despierta hasta las diez de la noche al menos -me dice mientras inclina su cabeza hacia adelante y el cabello púrpura le cuelga con total movimiento-. Eso te ayudará a ajustarte.

Me quejo, pero sé que está en lo cierto.

-En ese caso, creo que voy a necesitar bastante cafeína.

Luego de husmear en el refrigerador por un rato, lo único que encontré fue algo de jugo, vino y barras proteicas.

Cuando me doy vuelta, Gretchen ya está al teléfono encargando algo de comida. Lo hace en un perfecto francés. ¡Estoy impresionada! Apenas podía decir una palabra en francés cuando llegaron. Ha aprendido muchísimo en todo este tiempo. Supongo que no tuvo opción. Cubre el receptor y murmura:

-Te informo que jamás verás a mi madre guardar en su nevera algo tan insalubre como un refresco.

Cuando le escucho decir al teléfono las palabras “Dr. Pepper”, levanto ambos pulgares, emocionada.

Gretchen termina la llamada y me doy cuenta de que la que no entiende una sola palabra en francés soy yo, o al menos no había prestado la suficiente atención como para saber qué comida iba a llegarnos junto con la bebida que acababa de seleccionar.

-¿Qué pediste?

-Pizza.

-¿Es ese el plato francés por excelencia? -bromeo.

-¿Para esta noche? Claro que sí -el teléfono de Gretchen comienza a sonar y me lleva unos segundos darme cuenta de que lo que suena como *ringtone* es la Marcha Imperial de Star Wars.

¿Tiene de *ringtone* la canción de Darth Vader? Perfecto..

-¿Salut? -responde. Cuando la aplaudo en silencio para felicitarla por el maravilloso *ringtone*, ella me saca la lengua.

-Sí, aquí está. Ya te la paso -Gretchen me pasa el teléfono-. Es tu mamá.

Todo en mí se vuelve una bola de ansiedad. No he hablado con ninguno de mis padres en casi un mes. No desde que lanzaron tres bombas seguidas en la misma conversación:

1- Nos vamos a divorciar.

2- Nos iremos de Chicago al finalizar el verano.

3- Deberás elegir con cuál de los dos te quedarás a vivir desde entonces.

Recuerdo nítidamente la forma en que mi habitación y mi mundo entero comenzaron a dar vueltas. Mis padres se habían apoderado de mi futuro ya tan bien organizado y lo arruinaron sin dudarlo.

Después de todo, entre mis padres y yo, apenas nos las habíamos arreglado para ahorrar algo de dinero para pagar parte de mi matrícula en el SAIC. Había planeado cubrir el resto con un trabajo que obtendría después de la facultad. He visto mucha gente graduarse con montañas de dinero adeudado como para saber que eso es exactamente lo que no quiero.

Pero ahora el plan entero depende de que yo siga pudiendo vivir con uno de mis padres. No hay manera de que pueda sustentar mi paso por la Universidad y sobrevivir el día a día sin acumular una deuda que he intentado tanto evitar. Sé que mis padres no pueden hacer más de lo que ya han accedido a hacer y, ahora que están en medio de un divorcio, dudo que esa misma cifra aún siga disponible.

Perdí a mi familia y mi futuro en una sola conversación.

Y no creo que mis padres siquiera hayan considerado nada de eso cuando tomaron la decisión de divorciarse.

Necesito un poco de aire fresco, así que salgo al balcón de Chantal, y la vista del *Place de la Bastille* al atardecer casi me deja sin aliento.

Sostengo el teléfono en la mano y lo hago tan fuerte que me duelen los nudillos, pero no pronuncio una sola palabra. Sigo demasiado enojada. No quiero decir algo de lo que me pueda arrepentir. Mi respiración es lo único que le dice a mi madre que yo estoy aún ahí del otro lado, y pareciera ser suficiente.

-Hola, Harley. ¿Cómo está París? -puedo oír el sonido de su coche de fondo e intento calcular la hora. Si son las ocho de la noche aquí, allá debería ser la una de la tarde. Son siete horas menos. Probablemente esté yéndose a almorzar.

No respondo, pero entiendo que ella ya sabía que esto sería más una especie de monólogo que otra cosa. No espera demasiado antes de continuar.

-Estoy segura de que Gretchen y Chantal están emocionadas de tenerte con ellas.

Me apoyo el teléfono sobre mi hombro y saco un poco de tierra de la baranda con una uña.

-Deberías anotarte en uno de esos programas de arquitectura mientras estás allí.

-¿Qué? -no puedo evitarlo. Casi dejo caer el teléfono. Ni siquiera puedo solventar quedarme en la SAIC, ¿y ella cree que *París* sería una buena opción? ¿Una de las ciudades más costosas del planeta parece ser una opción mucho mejor? ¿Acaso no piensa antes de hablar?

Hay una pausa bastante incómoda.

-Bien, supongo que cualquier cosa será mejor que tu silencio testarudo.

Siento que me tiembla el cuerpo entero. Es como si hubiera abierto una puerta y ahora es demasiado tarde para mirar atrás.

-Jamás piensas en alguien que no seas tú misma. Tú y papá han destruido mi vida entera. Mi presente y mi futuro. ¡Y ni siquiera se toman el tiempo de pensar en mí lo suficiente como para darse cuenta de ello!

-Harley, por favor, cálmate -dice mamá, e incluso con un océano de por medio logro notar su tono despectivo. No escucho mucho alboroto de su lado de la línea, así que asumo que ha detenido el coche-. A veces los padres debemos tomar decisiones que son buenas para nosotros también. Ya no éramos felices. Estoy segura de que tú estabas tan cansada de escucharnos como nosotros mismos.

En eso tiene razón. Antes de que decidieran divorciarse, parecía que lo único que mis padres sabían hacer era echarse la bronca. Y también me usaban a mí para lastimarse. Yo era una especie de bomba que ellos podían lanzarse a su antojo. Odiaba eso con todas mis fuerzas. Desde que habían anunciado su divorcio, las cosas habían mejorado un poco en esa área.

Pero hacerme elegir entre uno o el otro no hacía que la situación fuera menos espantosa.

-No todo debe cambiar de un solo tirón -solo me di cuenta de que estaba gritando cuando un hombre que pasaba por la calle justo debajo del balcón me miró de mala manera. Mis emociones son una especie de animal salvaje; han estado encerradas durante mucho tiempo y ahora son libres, se mueven y van más allá de mi control.

-Harley, deja de ser tan egoísta -me dice, y yo alejo el rostro del teléfono como si el pobre aparato acabara de pincharme con una aguja.

Todo en mí se transforma en una furia fría y serena. Ni siquiera llego a llevarme el teléfono de vuelta al oído cuando digo algo que nunca jamás me hubiera imaginado que podría decirle a mi propia madre.

-¡Te odio!

Luego, simplemente apago el teléfono.

Me quedo en el balcón hasta que logro calmarme lo suficiente y llego a sentir una especie de pelota de remordimiento en el centro del estómago. En lugar de volver a encender el teléfono y llamar a mi mamá para disculparme, se lo devuelvo a Gretchen. Mi prima se da cuenta de que el teléfono está apagado y me mira suspicaz desde detrás de su laptop.

-Padres... -me sonrío, pero puedo ver que el dolor en sus ojos es muy parecido al mío-. No puedes vivir con ellos, pero tampoco puedes colocarlos en una canasta y dejarlos en la puerta del cuartel de bomberos sin tener que responder unas cuantas preguntas después.

-Sí, ¿verdad? -vuelvo a echarme en el *chaise longue* que está justo enfrente del sofá donde ella está sentada.

Gretchen se concentra nuevamente en la pantalla de su laptop y se queda callada por unos instantes. El silencio no es tan malo en realidad, aunque está claro que no me siento tan cómoda con ella como recordaba hacerlo años atrás. Pero lo cierto es que tendremos mitad del verano para trabajar en esto... comenzando ahora.

-Te envié por correo electrónico algunas de las cosas que esperaba poder hacer en París. ¿Por dónde empezaríamos? -recostada

en el *chaise longue*, apoyo el codo en el apoyabrazos y dejo la cabeza en alto-. Estoy enamorada de la arquitectura y toda la historia que envuelve esta ciudad. Esperaba que pudiéramos salir a caminar por ahí y simplemente dejarme sorprender.

Gretchen revolea los ojos, aunque intenta no herir mis sentimientos.

-No voy a negar que eso suena fascinante... pero creo que tengo un mejor punto de partida.

Su frase queda colgando en el aire, casi como si esperara a que yo la cazara.

-¿En qué estás pensando? -por fin, logro ver en sus ojos esa mirada traviesa tan familiar y que tanto había extrañado. Lo que sea que Gretchen esté pensando, sé que no le costará mucho convencerme.

-Mientras mi madre esté ocupada mañana con una de sus fiestas súper cool y súper elegantes, nosotras haremos algo mucho más divertido -me dice Gretchen, traviesa, mientras levanta la laptop en el aire y la gira hacia mí.